

mil rusos quedaron sobre el campo de combate; los turcos habían salido después de rechazar el ataque de las trincheras y aunque había llegado la noche, Osman Pachá ordenó la célebre y pavorosa carga de bayoneta en la oscuridad.

Es axioma fundamental de la táctica de batalla; nunca mantenerse á la pura defensiva ni en campo raso, ni en montaña fortificada, ni en plaza, ni de ningún modo. La defensiva sistemática no es para la tropa, ni aún para los reclutas que resisten bien el ataque; la defensiva absoluta corresponde á los paisanos que por la primera vez toman un fusil, y que tienen valor gracias al parapeto, al foso, y al tronido estimulante de la artillería. Cuando un general ha rechazado con vigor un ataque del enemigo y no ordena inmediatamente el movimiento táctico ofensivo correspondiente, quiere decir que ese general está desmoralizado y que desmoralizará á su ejército.

Entre verdaderos militares hay otro axioma: "El ejército que acepta sistemática é invariablemente la defensiva, está perdido como si rindiese las armas." Esto fué lo que pasó al mariscal Bazaine, desde que se sorprendió del número, disciplina, del enemigo, empuje del soldado, espléndido servicio de artillería y abundancia de sus piezas y de las novedades alemanas de estrategia, táctica de marcha y sobre todo de batalla. Ahora bien, el soldado por arte de su oficio, por razonamiento fácil y por instinto animal, sabe que hay que irse encima del que da la espalda y cuando ve que el jefe manda tocar diana en vez de ordenar rigurosa carga al enemigo rechazado y desorganizado, esa diana le suena á *De profundis*.

El jefe desmoralizado, rebaja o nulifica á su ejército. Tenemos un caso precioso de estudio en nuestra historia:

Cuando tuvo lugar en 1846 y 47, la invasión norte-americana, nuestro ejército presentó batalla campal al enemigo mandado por el general Taylor, en la "Resaca." El ejército mexicano se paró bien, pero abominablemente mandado por el General *Arista*, quien adoptó la táctica absoluta defensiva, al grado de que los soldados destrozados por la artillería enemiga, pidiesen con serenidad que se les hiciera avanzar ó retroceder. En la batalla de la Resaca, se hizo patente la debilidad física é industrial de nuestros artilleros, como ya lo dije, pues según el Coronel Requena que los mandaba, por un cañonazo que disparaba cada cañón, pieza mexicana, disparaban tres por lo menos cada pieza norte-americana. La defensiva de Arista dió por resultado que los tres mil soldados mexicanos que también se habían portado, mientras duró el cañoneo, como le llama el jefe norte-americano á la batalla de la Resaca, llegaron desmoralizados á Matamoros á un grado tal, que ya no le fué posible á Arista conseguir ponerlos en las trincheras.

La batalla de Angostura, entre el ejército norte-americano hábilmente mandado por el general Taylor, secundado por un excelente oficial superior, el general Wool, contra el ejército mexicano mandado por el general Santa Ana; esta y la de la "Carbonera" batalla contra enemigo extranjero son las

mejores de nuestra historia militar. En la Angostura el ejército mexicano tomó la ofensiva con precisión, con táctica correcta, con verdadera gallardía de ejército fogueado, veterano, disciplinado, instruido. La infantería hizo lo que mejor puede hacer la mejor infantería del mundo; llegar hasta los cañones de la derecha y del centro enemigos ferozmente defendidos y quitar uno de la derecha y dos del centro; dió cargas á la bayoneta hasta arrojar medio batallón americano á un barranco; asaltó rápidamente una montaña, resistió dos cargas de caballería y las rechazó, se batió desplegada en batalla á medio tiro de cañón de la formidable batería de Washington, hasta que Santa Ana, advirtió el enorme destrozo que hacía dicha batería y la mandó retirar, lo que hizo la infantería como en una formación. La caballería dió cargas y las recibió, especialmente los coraceros de Huitian, la artillería mantuvo su tiro regular y certero, obedeciendo con inteligencia y moviéndose con rapidez. Es una hermosa batalla en que los dos ejércitos alternativamente toman la ofensiva y la defensiva según las necesidades del terreno y la indicación de las evoluciones. Santa Ana felizmente se mostró inspirado desde que la víspera hizo ocupar la montaña de la derecha disputada y ganada valientemente por la brigada de Ampudia á la brigada de Marshall.

Se debe juzgar del mérito de la tropa por sus pérdidas, al frente del enemigo. En la Angostura, las bajas del ejército mexicano que se elevaba á doce mil hombres, sin la caballería de Miñón, llegaron al *catorce por ciento* de su efectivo y la oficialidad era de primer orden puesto que sus pérdidas siguiendo la relación entre su número y el de los soldados, fué considerable. Había en la Angostura 400 oficiales y 86 jefes y quedaron fuera de combate 18 jefes y 113 oficiales. Es decir las bajas fueron:

En soldados	14 por ciento.
En oficiales	24 por ciento.
En jefes	20 por ciento.

* * *

He hablado de las batallas de la "Resaca y Angostura" y recordaré sólo las de Cerro Gordo y Padierna, para asentar este hecho importante. Durante la invasión norte-americana, México adoptó la táctica de batalla ofensiva siempre que pudo y aun cuando tuvo que replegarse á fortificaciones de ciudad, verificó brillantes movimientos ofensivos como el del Molino del Rey, con los batallones al mando de Echeagaray y Balderas. México estuvo á punto de salvarse con dichos movimientos ofensivos.

Véamos ahora la conducta militar del gobierno mexicano durante la invasión francesa. Se ve desde luego que el gobierno adoptó sistemáticamente la táctica defensiva absoluta. Se comprende que el general Zaragoza,

desconfiando de soldados que supuso bizoños, no hubiera querido defender las cumbres de Acultzingo porque éstas son *flanqueables*, mientras que la ciudad de Puebla como toda plaza fortificada no lo era. Pero el día 5 de Mayo después de rechazar enérgicamente el ataque baladrón y estúpido de su adversario, ¿por qué no tomó la ofensiva cuando el enemigo desorganizado huía y cuando el general Lorencez había colocado su artillería tan torpemente que hubiera podido salir un kilómetro de las trincheras la infantería mexicana sin encontrar la *zona arrasada* por la metralla y casi fuera de la zona peligrosa de los demás proyectiles.

¿Por qué el general Zaragoza cometió el mismo error que el general Bazaine en la batalla de Saint Privat después de haber deshecho á la gran guardia del rey Guillermo? ¿Por qué tuvo miedo de perder sus laureles con un fracaso de la ofensiva? En primer lugar si la ofensiva fracasaba no se podían perder los laureles ya adquiridos. En segundo lugar, es irracional dejar de atacar al enemigo que vuelve la espalda en desorden, desmoralizado, para irlo á atacar reorganizado en plaza fuerte y usando de los poderosos medios de la defensiva. En suma, aun cuando la ofensiva hubiera fracasado, este fracaso hubiera sido militar y no ridículo como el del "Borrego."

El general Zaragoza era valiente y no hizo su deber, porque estaba desmoralizado, no por las balas sino por la reputación de los soldados franceses á quienes se consideraba como los primeros *soldados del mundo*. Ya he dicho que á los jefes dignos se les conoce la desmoralización no porque huyen sino porque se abstienen sistemáticamente de ordenar movimientos ofensivos sobre todo en campo raso.

Voy á explicar ahora porque á los norte-americanos, el jefe supremo mexicano les dió batalla campal con sol de frente en la Angostura, mientras que el general Zaragoza y su sucesor el general González Ortega, cuando pudieron no quisieron dar batalla campal á los franceses, sino desde el primer día adoptaron la actitud funesta defensiva sistemática, que es igual á rendir las armas según palabras de Osman Pacha, el jefe sitiado de Pleuna que jamás se desmoralizó, probándolo con terribles movimientos ofensivos.

El Sr. José María Roa Bárcena, miembro prominente del partido conservador mexicano, se encarga de explicarnos en su libro *Recuerdos de la invasión norte-americana*, páginas 32 y 33, el motivo ó motivos que nos determinaron en 1847, á adoptar la táctica ofensiva.

Habla el Sr. Roa Bárcena:

"El amor patrio ofusca y ciega á las naciones como á los individuos. La nuestra, impresionada en el sentido de la decisión y la fortuna, con que luchó por su independencia, y conservando el carácter algo andaluz que distingue á nuestra raza, no había podido comprender que mientras aquí, nos hacíamos trizas por el federalismo ó el centralismo, sin adelantar sino poquísimo en intereses y prosperidad materiales, y atrazándonos no escasamente en administración, orden y economía, aunque juzgándonos el pueblo mas avan-

zado y dichoso de la tierra, á la otra puerta una nación flemática, cuerda y laboriosa, creciera y verdaderamente progresara por el respeto á sus leyes, no siempre á la justicia; por el respeto á sus propias costumbres é instituciones y por el espíritu de trabajo y de adelanto material, en cuyas cualidades los Estados Unidos, por grandes que sean sus lacras y defectos en otras líneas, pueden y deben servir de ejemplo al género humano."

"La España vencedora de Napoleón, había sido vencida por nosotros. Tal era la piedra angular de nuestro criterio político y el punto de partida de nuestro orgullo nacional, sin entrar en apreciaciones ni averiguaciones capaces de amenguarle. La derrota de San Jacinto en la campaña de Texas, no pasaba de un revés imprevisto y casual. El triste desenlace de nuestra guerra con Francia en 1838, había sido efecto de la división de los ánimos y de los pocos bríos de una administración centralista que opuso á la escuadra de Baudin y Joinville un fuerte y una plaza desartilladas y sin tropas. La administración de Herrera que en 1845 previó un mal resultado en la guerra con los Estados Unidos y trató de evitarla, era reputada pusilánime, sino traidora. En la opinión general no cabía duda respecto de nuestro cabal triunfo en el caso de una invasión norte-americana; y en varios discursos cívicos en los aniversarios de Septiembre, oímos desarrollar con patrióticas y acaloradísimas variaciones; el lisonjero tema de que el pabellón mexicano llegaría de allí á poco á ondear sobre el antiguo palacio de Jorge Washington. El primer baño de agua fría aplicado á tan ardoroso entusiasmo, fué la noticia de las batallas de Palo Alto y Resaca de Guerrero."

De manera que nos creíamos en 1845, el pueblo más civilizado, más rico, más militar de la tierra. El argumento base del criterio público en 1845. Napoleón I. venció al mundo, España venció á Napoleón I, México venció á España, luego México ha hecho más que vencer al mundo, era rectísimo. Debido á semejantes fanfarronadas, nuestros jefes bien moralizados hicieron lo que debían en cuanto á adoptar la táctica ofensiva, pero las fanfarronadas andaluzas tan útiles para las operaciones militares, fueron desastrosas, pues nos lanzaron á una guerra en que perdimos más de la mitad de nuestro territorio, guerra que fácil y dignamente pudimos á tiempo evitar.

En 1861 y 62, sucedió lo contrario que en 1847. Los mexicanos estaban hastiados de saber por la prensa ilustrada, por los grabados á dos tintas, por los dramas, por los sermones, por la literatura, por las etiquetas de las pomadas y cosméticos, por la marca de los sombreros y por los anuncios de las medicinas de patente, que los franceses eran los primeros *soldados del mundo en lugar de nosotros*, que se habían comido á los austriacos, cenado á los rusos, almorzado á los españoles, desayunado á los alemanes y por último que acostumbraban limpiar sus labios *heroífobos*, usando como servilletas las banderas de todas las naciones. La proclama del general Zaragoza antes de la batalla del 5 de Mayo, es una *marcha fúnebre de palabras de duelo para la patria*; se habla de ir al sacrificio, á la inmolación, á la cruz del

martirio, no se habla del triunfo, se habla como hablan los desalentados, de *salvar el honor*. Resultado: adopción de la táctica absoluta defensiva.

De aquí es, que nos sucedió en Mayo de 1862, enteramente lo contrario de lo ocurrido en 1846. Nos sorprendió haber perdido en Palo Alto y la Resaca, lo creíamos imposible y en Mayo de 1862, nos sorprendió haber derrotado á los *primeros soldados del mundo*, lo habíamos creído imposible. Pero lo malo fué, que después de tan agradable sorpresa, el general Zaragoza quiso guardar su triunfo como á una virgen en un convento y en lugar de ordenar la ofensiva recobró su desmoralización.

No debemos culpar al general Zaragoza, ya he dicho que le sucedió lo que á los mariscales de Francia en 1870, lo mismo que le pasó al *feldzeugmestre* Benedek en Sadowa, quien después de haber destrozado al ejército del rey de Prusia, resistiendo su ataque, en vez de tomar la ofensiva y desbandarlo, esperó horas á que llegasen los otros dos ejércitos que debían flanquearlo y derrotarlo. Les pasó á los generales Zaragoza y González Ortega, lo que á los generales turcos en 1877, con excepción de Osman Pachá; les pasó lo que al general peruano Buendía en 1879 y lo que al capitán general Blanco en Cuba en 1898. Estaban *desmoralizados* y olvidaron que la táctica defensiva absoluta es la rendición de los ejércitos, mientras que en la ofensiva puede haber una probabilidad de triunfo contra cien, contra mil, contra cien mil, contra un millón de probabilidades de derrotas. Pero es científico y patriótico tomar el camino en que hay una probabilidad de triunfo y no confesarse derrotado y confesarlo á sus propios soldados, fijándolos en la absoluta defensa.

Durante toda la campaña contra los franceses y austriacos desde 1862 á 1867, nuestros jefes se batieron profundamente desmoralizados; excepto el general Díaz, quien contra un cuerpo de ejército austriaco, lo resistió en la «Carbonera» é inmediatamente después de haberlo rechazado, tomó militarmente en toda regla la ofensiva con las tres armas y lo derrotó completamente. Es el único caso de ofensiva en verdadera batalla (no en pequeños combates de guerrilla), contra un cuerpo de tropas extranjeras aguerridas, bien disciplinadas, bien fogueadas y bien mandadas, ocurrido en la campaña de 1862 á 1867. La resistencia de Puebla durante el sitio fué patriótica, no militar, pues aunque había buenos jefes, oficiales y soldados, el general González Ortega que los mandaba tuvo inspiraciones de tinterillo al dirigir la defensa. Es vergonzoso para un general en jefe que contaba con soldados como los que defendieron «San Javier» y las manzanas de «Santa Inés», «que se halla dejado abrir una paralela á sesenta metros de su fortificación, cuando se consideraba casi imposible y de alta responsabilidad dejar abrir una paralela en la media zona batida por la metralla; es decir, á doscientos metros del parapeto de la plaza. Con un jefe no susceptible de *desmoralizarse* como Osmán Pachá, el ejército mexicano de Puebla se hubiera salido de la plaza cuantas veces hubiera querido; pero ni aún el día del fuerte des-

calabro del general Douay en Santa Inés, ordenó el general González Ortega *el movimiento militar necesario de ofensiva*. Otra ocurrencia deplorable cuando se ha *adoptado la defensiva*, fué enviar al general Comonfort para que con tropas reclutas, muy inferiores á las de la plaza de Puebla, introdujera un convoy, *operación que nunca se ha logrado cuando los sitiadores son militares*; y lo eran y lo son en sumo grado los franceses. Desde Vauban se sabe que los ejércitos sólo deben salvar á las plazas sitiadas por medio de batallas, y que es risible lo de la introducción de convoyes. El general que hace pasar un largo convoy de carros, no de globos, es más que fuerte para derrotar á los sitiadores, pues no tiene necesidad de destrozarse la táctica de batalla, sujetándola á la marcha de un conyoy.

La guerra entre España y los Estados Unidos nos da una elocuente y grave lección sobre la imposible conservación del espíritu militar en los ejércitos cuando saben que van á luchar sin esperanza, tarea que no es ni puede ser humana. Mientras se creyó en España que los Estados Unidos no declararían la guerra, la prensa de una manera vil, y que ella consideraba patriótica, pudo engañar á la población ignorante, y con un orgullo del tamaño de su ignorancia, aseguró que los norte-americanos á lo más podrían disparar en una guerra jamones. y que el ejército español, vencedor en las Navas de Tolosa y Bailen, tendría que batir á culatazos á las fuerzas americanas, pues la sangre sólo se debe hacer correr cuando hay leones en el *campo de tul caballeresco*.

Pero cuando los Estados Unidos declararon la guerra, el pueblo español tuvo que fingirse entusiasmado por tan plausible acontecimiento. El mundo entero vió que tal entusiasmo se caracterizaba por carcajadas tetánicas, por lividez cadavérica en el fuego patrio, por cólicos mordentes en el aparato nutritivo nacional. Las clases ilustradas de España, encabezadas por el gobierno, no pudieron ocultar su consternación, hablaron desde luego de sacrificio, de necesidad de salvar la honra, aceptaron con dolor el desastre.

¿Se salvó la honra? Yo pregunto, ¿qué honra? ¿la militar? ¿la patriótica? Mas para no dar lugar á dudas diré la verdad; y es que ninguna de las honras se salvó. No se salvó la honra patriótica, porque el patriotismo sano é inteligente indicaba evitar la guerra y no perder, sino reconocer lo que ya estaba perdido; Cuba. La honra militar no se salvó, porque un ejército desmoralizado antes de combatir ha perdido su espíritu militar y no puede salvar la honra de viejos pergaminos gloriosos.

La destrucción de la escuadra del almirante Cervera, sin que ésta hubiera logrado lastimar á un buque enemigo ó matar siquiera á un hombre, prueba que los artilleros españoles disparaban sin serenidad, sin conciencia técnica y sobrecogidos por el pánico, pues dichos artilleros no eran reclutas sino lo mejor que tenía España, igual á lo mejor que en la materia posee Europa. Cervera estaba desmoralizado antes de salir de España y la prueba fué que dijo: «Vamos á otro Trafalgar.»

La defensa de las costas de Cuba, la debilidad ó impericia absoluta para resistir al desembarco, la resistencia de Santiago de Cuba, debida únicamente á un último esfuerzo de la disciplina y la sorprendente capitulación, prueban que el ejército español había entendido ya que luchaba sin esperanza. Y no hay que censurar al ejército español, pues todos los ejércitos europeos y americanos se han portado como el español cuando se han encontrado en las mismas circunstancias.

Lo que agrava en apariencia la conducta del ejército español, es que los demás ejércitos europeos y americanos, se han desmoralizado después de haber sostenido con valor reñida batalla, mientras que el ejército español se desmoralizó antes de recibir el primer tiro del enemigo. La razón de esta diferencia es la siguiente: Todos los ejércitos que han sostenido reñidas batallas antes de desmoralizarse las han sostenido, cuando tenían no sólo la esperanza, sino la casi seguridad ó la seguridad plena, de vencer á sus adversarios, y al convencerse de su equivocación lamentable, se desmoralizaron. Con España sucedió un caso único en la historia; entró en campaña convencida de que sería desastrosamente vencida, y la desmoralización comenzó desde el momento en que apareció *la tarea no humana* de luchar sin esperanza.

En los tiempos de gran superstición religiosa era muy difícil desmoralizar á un ejército porque jefes, oficiales y soldados, pueblo y rey creían en el milagro. El apóstol Santiago, el arcángel Gabriel con su sable de fuego, la virgen del Pilar, la de Covadenga, la de Monserrate ó cualquiera otra, era seguro que intervendría en los momentos del combate y con solo un signo ó un golpe de espada celestial derrotaría al enemigo por poderoso que este fuese. Mas sin los recursos del milagro, sin la creencia en intervenciones divinas; no queda más que la verdad solemne, trágica, inmutable, fatal, el fuerte tiene que devorar al débil.

No hay pues que censurar al ejército español y creerlo extraordinario en debilidad. Todos los ejércitos del mundo en su caso harían lo mismo; lo repito por la tercera vez; luchar sin esperanza, no es un don ó un disparate de la especie humana. La resistencia de Dinamarca á Prusia y á la Austria se debe á la esperanza de la intervención de Francia é Inglaterra, intervención que al fin tuvo lugar. Pero cuando no hay ni milagro, ni intervención de otro fuerte; cuando una nación se queda aislada, pobre y débil frente á un coloso, ni salva á la patria ni salva la honra. Y lo que le pasó á España le pasará á cualquiera otra nación, si se encuentra en las mismas circunstancias.

En la América latina solo hay naciones de tercer orden para abajo. Cualquiera nación hispano-americana aún de tercer orden que pretenda luchar sola con una nación de primer orden puede estar segura que llegado el caso le sucederá lo que á España. Las naciones débiles deben abandonar el pensamiento de defender su territorio con ejércitos regulares dedicados

á operaciones científicas militares. La historia enseña verdades y las fanfarronadas enseñan ridiculeces.

Los ejércitos cuando no están desmoralizados sirven para ganar ó perder honrosamente. Los ejércitos desmoralizados sirven para satisfacer las exigencias de la opinión pública en la nación invadida; encerrándose en plazas fuertes con el ánimo de mantenerse á la defensiva para prolongar la lucha. El ejemplo de Austria es hermoso, verdaderamente militar, elegante, caballeresco, medio eval puro, con perfume bélico de heróico torneo. Austria atacada por dos naciones Prusia é Italia, divide su ejército en dos cuerpos que salen al encuentro de sus adversarios en campo raso y con una limpieza de táctica propia de un curso práctico de escuela militar. Cada cuerpo de ejército da su respectiva batalla; el pequeño, gana en Custoza, el grande pierde en Sadowa con *cuarenta y dos mil hombres* fuera de combate sobre un efectivo de 224,000. Inmediatamente después del desastre la paz se firma.

Pero este *torneo*, tiene el gran fundamento militar, de que si á un buen ejército se le sujeta á la defensiva de los *sitios* y al régimen debilitante de la trinchera, casi se le degrada y se desmoraliza, no siendo ya posible obtener de él, más que la rendición en más ó menos tiempo. El ejército austriaco mandado en Sadowa, por el *feldzeugmestre* Benedek, no solamente pudo ganar la batalla, sino que la tuvo ganada desde las nueve de la mañana hasta las once y sin la desmoralización del viejo general, que como ya dije, esperó dos ejércitos que vinieran á salvar al que ya había derrotado, Prusia hubiera recibido un golpe mortal y tal vez no hubiera habido unidad alemana, ni las grandes consecuencias á que ha dado lugar como la paz armada europea.

Pero si el *feldzeugmestre* Benedek se hubiera encerrado en una plaza fuerte, hubiera perdido por ese solo hecho toda probabilidad de triunfo. Por esta razón, el general Zaragoza después de su triunfo del 5 de Mayo, debió haber sido encausado y si entonces el presidente Juárez hubiera nombrado un *general militar*, por lo menos se nos habría ahorrado la humillación del «Borrego.»

Pero los países latinos tienen pasión por los *sitios* y declararían traidor á un gobierno que hiciese lo de Austria; á los pueblos latinos no les importa destruir con la táctica absoluta defensiva, las probabilidades numerosas ó escasas de triunfo, lo que les importa es que el *desastre* tarde lo más posible, conservarse con perjuicio no del invasor sino del invadido. Este es gran defecto de la educación: los preceptores y los padres de familia hablan de Numancia, Sagunto, Zaragoza, como de la *heroicidad extra*, sin acordarse que hay más heroicidad en los *cimbros* cuando los derrotó Mario; en el campo de batalla de los teutones y ambrones, que tomó para siempre el nombre de *Campi Putridi*, en el combate de los insurrectos de Saulí, durante la independencia de Grecia, donde mueren todos los insurrectos y las dos-